

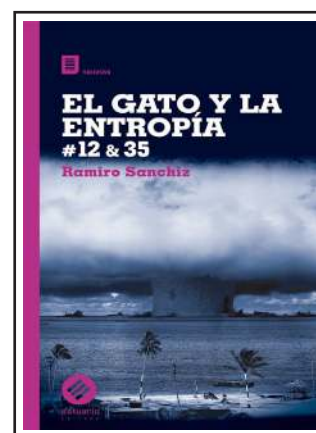
El gato y la entropía #12 & 35 de Ramiro Sanchiz

Federico Giordano

(Universidad de la República, Uruguay)

Sanchiz, Ramiro. *El gato y la entropía #12 & 35*.

Hum: Montevideo, 2015.



Favor Confirmar Asistencia

En su última novela, Ramiro Sanchiz –*Nadie recuerda a Mlejnas* (2010), *La vista desde el puente* (2011), *La historia de la ciencia ficción uruguaya* (2013), *El orden del mundo* (2014) entre otras– nos invita a una fiesta, o dos, o tres, aunque por la entrada de servicio. Federico Stahl –omnipresente nombre/personaje de la narrativa de Sanchiz–, Rex –amigo excéntrico, momentáneamente mudo por una droga que tomó la noche anterior– y Adrián –incipiente empresario y amigo “normal” de Federico– tienen que armarle el karaoke a unos chetos terrajas –“hiperterrajas”– de Carrasco. No es obligatoria la vestimenta formal –apenas opcionales los disfraces o cosplay para la fiesta de al lado en la que eventualmente terminaremos– pero sí se nos exigirá cierto manejo de conceptos científicos y de la física en particular. La invitación irá acompañada por la pretensión de aclimatarnos a sus postulados en las primeras páginas: los principios de la mecánica cuántica serán explicados didácticamente a través de la imagen de las mujeres megatetonas. Sin embargo, la novela pronto derivará de forma que solo contaremos con nuestra inteligencia para descifrar –o googlear– qué es el principio de incertidumbre de Heisenberg o por qué es relevante la masa del bosón de Higgs.

Pierre Bayard en *Cómo hablar de los libros que no se han leído* resumía “ser culto no consiste en haber leído tal o cual libro, sino en saber orientarse en su conjunto, esto es, saber que forman un conjunto y estar en posición de situar cada elemento en relación con el resto” (28). Sanchiz lleva esa lógica al extremo y pone a prueba nuestra capacidad de movernos como lectores, bombardeándonos con referencias, conexiones y

especulaciones relacionadas con el campo de la física –entre muchos otros–. Aún al amparo de la advertencia que da el narrador sobre Stahl –Federico no es físico– esta jerga se amalgama con la narración, no en forma accesorio sino como herramienta constitutiva para desarrollar –o enredar– el relato.

Al desafío ya planteado, se agrega la proliferación de construcciones parentéticas y notas al pie –algunas muy extensas– que intervienen el texto en un estilo que oscila entre lo aclaratorio-digresivo, el pequeño apunte ficticio –tales como las referencias a una serie de títulos de libros de aventuras que tiene por protagonista a un Stahl niño– o lo simplemente disruptivo y que genera la sensación de detener la narración (recurso presente en *La Broma Infinita* de Foster Wallace, título mencionado en la novela y también referido en otras reseñas de *El gato...*). En el comienzo mismo de la novela, la primera nota ya ocupa varias páginas –donde el narrador aporta el trasfondo socioeconómico y político de Stahl y su familia–. Este inusual comienzo puede hacer desistir a algunos lectores, incluso a causa de un factor como el cuerpo diminuto de la letra propio de una nota al pie –siendo este un problema inherente al procedimiento escogido.

Desorden de Gato-Rex

El gato del título retiene el potencial de los mundos múltiples: se trata de una referencia al famoso experimento de pensamiento de Schrödinger en que un gato encerrado dentro de una caja con un frasco de veneno está vivo y muerto al mismo tiempo en tanto no se abra la caja. En cambio, la entropía debería ser el proceso natural de avance de la realidad –pasaje irreversible de un estado al otro– pero que será subvertida –tensada– por ciertas apariciones como la de Rex y su efecto de “rexificación” de los hechos.

En este contexto el inventario será una de las herramientas principales con las cuales el narrador irá construyendo la realidad circundante, como si el abarcar y cuantificar fuera la forma de reestablecer una coherencia que se va perdiendo a medida que la noche avanza –bajo los efectos del whisky y otras sustancias desconocidas–. Esta coherencia no será ajena a los desafíos inmediatos de otras realidades –cuánticas o espirituales–, en una fusión entre el discurso científico –apropiado y literaturizado–, los pactos con el diablo y los fenómenos paranormales, las experiencias místicas y los viajes astrales. La historia de la música ocupará un lugar central en estas relaciones y volverá una y otra vez a teorías conspirativas, otorgando un espacio y una relevancia centrales a Led Zeppelin y Bob Dylan –también aludido en los numerales del título.

Contenida en la premisa de los universos múltiples o un multiverso en que se conectan, cada afirmación realizada por los personajes y el narrador –extremos de lo

especulativo o fantasioso– podría ser pasada por el tamiz relativizante de preguntarnos en qué realidad se sitúa la novela. Sigue la conclusión de que en el mundo planteado por la ficción todas podrían serlo. Cada aproximación a decir que estamos en X realidad –por ejemplo el Uruguay ucrónico posterior a una guerra civil de *Nadie recuerda a Mlejnas*– se encuentra en permanente riesgo de colapsar ante nuevos sucesos que dan lugar a nuevas realidades alternativas que se bifurcan constantemente –eso sin siquiera la intervención antientrópica y desestabilizadora de Rex o un demonio de Maxwell.

¿Falsas salidas?

Podría motivar algunos reclamos el hecho que el clima de confrontación sociocultural y económica con que inicia la novela se diluya cuanto más avanza, sin ser explorado en profundidad –Bowie vs música tropical en el pozo de aire de un edificio; la visita a un área marginal antes de dirigirse hacia Carrasco; la propia idea de celebraciones opuestas y superpuestas–. Junto a la fiesta terraja también tiene lugar una fiesta hipster –hipsters un tanto anacrónicos para el Uruguay del 2006 (redundancia pendiente)–. Llegado un punto ambas fiestas se fusionan. Sin embargo, esta segunda fiesta parece saturar la narración y Federico se encuentra cada vez más entre invitados que son afines o receptivos a sus teorías y delirios. La fiesta cheta inicial –“el cumpleaños número cuarenta de un niño bien apodado Batuque”– es más una puerta de entrada que una verdadera continuidad o disidencia sostenida. Los personajes que permanecen y toman la palabra resultan distintos grados de la misma categoría, expresiones de Stahl y su mundo circundante o afín. Coinciden en una voz compartida –más allá de las opiniones particulares sobre un tema– lejana a lo polifónico que algunos podrían esperar del contexto de dos fiestas como estas. A cambio, la novela irá expandiéndose como un atrapante rizoma, un organismo sin comienzo ni final que tiende conexiones en base a referencias culturales de todas las especies sin casi dirección aparente y que soltará extremidades deformes en uno y otro sentido al son de la propuesta inmediata del operario-narrador del texto.

A través de su obra Sanchiz propone una narración multivérsica que atraviesa una multitud de textos –novelas y cuentos– en los cuales uno tiene la sensación de estar ante un avezado jugador que apenas está disponiendo sus piezas para una partida superior en la que controla todo aspecto –o eso puede hacernos creer–. No hay espacio para preguntarse dónde termina un proceso y comienza el otro porque ya el movimiento de una nueva pieza empieza a generar nuevos vínculos, citas, referencias o correcciones y reediciones.

Es probable que esta sea la mayor riqueza de la obra de Sanchiz: ese sistema de intertextualidades dentro de un mundo nutrido por autores reales y de su propia ficción –diferenciarlos a simple vista puede ser un reto–. Personajes, anécdotas, bifurcaciones se repiten o vuelven construyendo una metaficción a través del ejercicio constante de hablar de libros que –¿por ahora?– ni siquiera se han escrito. En todo caso parece ser un proyecto que crece sin detenerse (ver mapa adjunto). No en vano *Las imitaciones*, su siguiente novela, ya ha sido anunciada para abril de este año.

Obra citada

Bayard, Pierre. *Cómo hablar de los libros que no se han leído*. Barcelona: Anagrama, 2008. Impreso.

Leyenda del mapa:

Hexágonos: cuentos.

Círculos: novelas.

